

BIBLIOGRAFIA (1)

OBRAS DE AUTORES EXTRANJEROS

Publicamos, con el mayor agrado, el siguiente interesantísimo artículo que nos envía desde Puerto Rico el señor don Augusto Malaret. El señor Malaret es autor del "Diccionario de Americanismos", admirable monumento de erudición y perseverancia, y de otros varios trabajos lexicológicos, justamente celebrados en todas partes. Con este artículo del sabio filólogo puertorriqueño y el del P. Carlos Leonhardt, publicado en otro lugar de este número, se inicia, de manera bien brillante, por cierto, la colaboración de distinguidos escritores extranjeros a nuestra Revista.

"UN FRAGMENTO DEL DICCIONARIO GENERAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA"

(Librairie Larousse, París.)

Su autor, el Dr. Miguel de Toro, ha escrito una serie de libros magníficos: *Enmiendas al Diccionario de la Academia*; *Apuntaciones lexicográficas*; *Ortología castellana de nombres propios*; *Tesoro de la lengua Española*; *Americanismos*; *Reivindicación de Americanismos*, y un centenar de artículos en revistas y diarios de Europa y América. El señor Toro, de instrucción enciclopédica, profundo conocedor de la filosofía del lenguaje, pertenece, como miembro Correspondiente, a la Academia de la Lengua Española.

Es de suma importancia el estudio que hace algunos años, ya asegurada su reputación de filólogo, hizo de los diversos Diccionarios de americanismos. Bajo su lente de crítico razonable y justo pasan los vocabularios autorizados por Cevallos, Ortúzar, Echeverría, Román, Batres, Tobar, Monner Sans, Sánchez, Uribe, Lafone, Ferraz, Berberena, Robelo, Lenz, Pichardo, Arona, Ramos, Palma, Membreño, Granada, Rodríguez, Icazbalceta, Bayo, Cuervo, Calcaño y Rivodó. Aplauda las excelencias que encuentra, y censura, con toda la autoridad que le dan sus amplios conocimientos, el método seguido por muchos lexicógrafos "que no se proponen más que criticar diver-

(1).—En esta sección se dará cuenta de las obras que se remitan a la Revista, ya sea por las Casas Editoras, ya por sus mismos autores.

gencias entre el modo de hablar de sus compatriotas y el vocabulario del Diccionario de la Academia Española, que consideran ellos muy equivocadamente como espejo fiel del lenguaje corriente en la Península". (*Americanismos*, París, p. 169).

Al final de dicho estudio aconseja su autor el método científico que debe seguirse para escribir un buen diccionario, y no olvidaremos nunca las advertencias del infatigable trabajador que tanto nos ayudaron en la formación del *Diccionario de Americanismos* que hace poco dimos a conocer.

No podemos menos que recordar ahora esas hermosas páginas del meritísimo Maestro, al recibir otros dos libros que acaba de publicar, arrastrado por su natural vocación: *L'evolution de la Langue Espagnole en Argentine*, tesis principal para su Doctorado en Letras presentada a la Universidad de París, y *Un Fragmento del Diccionario general de la Lengua Española*. Ambos libros tienden visiblemente hacia la unificación espiritual de los pueblos hispanoamericanos. Parece existir algo de psicólogo en todo amante a la filología.

Por este *Fragmento*, completo estudio de lexicografía, puede el lector darse idea de lo que ha de ser el Diccionario general que nos ofrece el Dr. de Toro. Sólo comprende la página *chirivía-chocolate* en la cual consigna la Academia 91 artículos con 156 acepciones. "Yo he conseguido reunir", dice Toro orgullosamente, con el justo orgullo que presta el éxito logrado, "630 artículos con 800 acepciones. Y conste que no era la página que más resultado podía darme, pues la última de la Ch me hubiese suministrado más de 1,000 artículos con 1,400 acepciones. En tan considerable cúmulo de voces quedan desperdigados los artículos apuntados por la Academia". Asegura el autor que la Ch inicial puede dar más de 7,000 palabras y que en este trabajo no entra casi nada del rico vocabulario antiguo, el castellano ante-clásico.

"Lo que más ha de interesarle", nos dice el señor Toro en carta últimamente recibida, "es mi Fragmento de diccionario general, muestra de un diccionario de medio millón de voces, en el que he intentado utilizar un procedimiento de identificación etimológica basado en las transformaciones consonánticas iniciales, cambios considerados hasta hoy como excepcionales y que suelen explicarse con frecuencia por la asimilación, la disimilación o los choques de voces afines. Pienso publicar dentro de algún tiempo un desarrollo de esta teoría que, cuando preparé este trabajo, solo hice con bastante detenimiento respecto de la CH.

"Como lo verá, le cito a usted como autoridad muy amenudo en dicho trabajo, y como única autoridad para algunas voces.

"He empezado ahora la lectura metódica de su diccionario, para completar mis colecciones de sinonimias por cambio consonántico, del tipo BACUACHI—MACUACHI; BACUEY—MACUEY; BAMPUCHE—MAMPUCHE....."

En estos estudios etimológicos ha ahondado sabiamente el Dr. Toro, y expone sus reglas con tal sencillez y claridad que nos encanta y convence a los mismos profanos en la materia. "La Ch inicial", nos indica con citas numerosas, "procede ya de las labiales p, pl, bv, m, f, ya de ck, de cl, de j, de cz, de t, de s." Esto nos hace traer a la memoria nuestras lecturas acerca del consonantismo español en la posición inicial, en que el grado de tensión articulatoria no llega nunca al sonido débil y relajado de las posiciones finales, y, sin embargo, es causa de las más curiosas mutaciones. Para dar la razón al señor Toro basta recordar la modificación

que experimentaron las dicciones latinas en sus consonantes iniciales desde el punto y ahora en que se formaba el romance español. Y se suprimía la d (destruere: estruir); la f (flama: lama); la g (gélido: helado; germano: hermano); la p (plano: lano; lluvia: luvia); se mudaba la j en ch (junario: chenero); la p en ch (parlar: charlar); los grupos pl en ll (plegare: llagar; plantare: llantar; plenu: lleno); el en il (clamare: llamar; clave: llave); fl en ll (flamma: llama); gl en l (glattire: latir); bl en l (blastimare: lastimar), y eran constantes los cambios de letras que tenían entre sí afinidades íntimas: c y g; las dentales t, d, c, y la bv, p y m, que se articulan en el mismo órgano vocal. Estudiando las atracciones fonéticas de las consonantes se comprende las causas morfológicas de los diversos cambios. "Toman estos cambios", escribe de Toro, "por su frecuencia y su regularidad, valor de verdaderas leyes fonéticas accesorias y esporádicas".

En la vida dialectal española son frecuentes las combinaciones f-p (fantasma: pantasma; fresca: presca); h-j (halar: jalar); h-g (huerto: güerto); h-b (huerta: buerta; huevo: buevo); n-d (ninguno: denguno; degun y deguna aparecen en el Fuero Juzgo); n-m (nos: mos; mequetrefe: niquitrefe); n-ñ (nudo: ñudo); f-j (fuerza: juerza); b-m (bacalao: macallao); b-g (bofetada: gofetá); v-g (vomitar: gomitar); b-f (bulla: fülla); d-l (diferencia: liferencia); n-l (naranja: laranja); c-g (carraspera: garraspera); cz-ch (cervuno: chervuno; zancas: chancas); ch-tr (chola: trola); g-b (garbanzo: barbanso); j-s (jilguero: silguero); j-ch (jeto: cheto; en gallego: pluzia: juvia); j-y (junto: yunta); pl-il (plana: llana). Véanse **Dialectos Castellanos** en los que el doctor Múgica descubre tantos fonemas ignorados o mal interpretados por muchos etimologistas.

Si pasamos al habla indígena de los americanos notamos igualmente la articulación de las consonantes menos firme y segura que la de las vocales. La confusión de s, h aspirada o muda y j es frecuente (sara: hara jara; sora: jora; maíz preparado; by p (bamba: pamba, llanura); g y h (guagua: huahua, nene); ch y t (chipa: tipa, cesto); ch y sh (chita: shigta, raja); r y l (rocoto: locoto, aji); l, ll y r (lancahua: llancahua; rancahua, lugar gredoso); m y w (mambra: huambra, muchacha). De huicuña, huiracocha y huiscacha provienen vicuña, viracocha y viscacha.

La comprobación de estas mutaciones nos dá la clave de numerosos misterios filológicos.

No tenemos necesidad ahora de llamar la atención hacia modificaciones del vocalismo desde el romanceo: e en a (die: día); e en í (meo: mío); i en a (finito: finado; nihil: nada); i en e (bibere, beber); ni mencionar la evolución de las consonantes intermedias (acuto: agudo; nocte: noche; multo: mucho; arbor: arbol; capillo: cabello; archa: arca; decem: diez); en los dialectismos (punchar; punzar; gajo: cacho) ni en los indianismos americanos (manca: manga, olla), ya que el Dr. Toro nos da tantos y tan variados ejemplos de estos fonemas en las 75 páginas de su **Fragmento** para hacer constar esta verdad de su **Introducción**: "En todo caso, la aplicación de semejantes equivalencias a la multitud de voces de origen dudoso reduce considerablemente el número de etimologías desconocidas".

Este **Fragmento** es en todo una admirable obra. La forma en que el autor presenta y divide los artículos es modelo a seguir e imitar por los futuros lexicógrafos. Véase la redacción magistral de **Chispa, Chiva, Chivo y Choco**. No se puede encontrar nada más completo.

Desconocemos la razón de hallarse en el **Fragmento**, por ejemplo, un nombre gentilicio (**chirivilense**); otros colectivos (**chiriviscal**, **chital**, **chiverral**), y un nombre de río (**chivito**). Tenemos dudas acerca de la propiedad de incluir dichos nombres u otros equivalentes en el Diccionario general de la Lengua (no en una Enciclopedia). El número de gentilicios es mayor que el de las ciudades, pueblos, naciones y continentes de nuestro planeta, muchos de los cuales se forman con más de uno de los correspondientes sufijos **ano**, **ario**, **eño**, **eno**, **ense**, etc. El número de sustantivos terminados en **al**, la variante eufónica **ar** y la forma **izal**, de connotación colectiva, sobre pasa también al número de las plantas que existen sobre la faz de la tierra, con las acepciones de conjunto, abundancia, y sitio en que se encuentran. Hay algunos diccionaristas que al dar el nombre de una planta consignan separadamente diversos significados: el de la madera, el de la flor, el del fruto. Todo esto no es sino una repetición innecesaria.

Los derivados comunes que se ajustan a las leyes gramaticales podrían aparecer en el Diccionario unido a la palabra de origen, sin formar artículo aparte, por lo que nos parece que huelgan en este **Fragmento**: **chirliado**; **chispogeadado**; **chirliador**; **chitador**; **chocador**; **choclero**; (que come choclos; pero faltaría la otra acepción: persona que los vende); **choclonero**; **chirrialero**; **chirliazo**; **chirriónazo**; **chiverrazo**; **chispiguetazo**; **chispitalal**; **chistecico**; **chirrisquito**; **chiveteadito**; **chicota**; **chocilla**; **chismorroco**; **chismoseo**; **chispeo**; **chispogeo**; **chisperreteo**; **chisporroteo**; **chisporreteo**; **chocleo**; **chistosamente**; **chocarramente**; **chocarrerísimamente**; **chocolatada**; **chispeante**; **chisporroteante**; **chirriante**; **chirreante**. (Cervantes usó **peleante**: Quijote: 2, cap. XIV).

Asímismo debería estudiarse el medio de suprimir formas bigrafas como resulta en **chirlar**, **chirlear**; **chirrear**, **chirriar**; **chismear**, **chismiar**; **chispear**, **chispiar**; **chiverre**, **chiverri**; **chirusa**, **chruza**; **chilla**, **chiva**; **chibola**, **chivola**; **chilquilla**, **chirquilla**; **chisa**, **chiza**. Indudablemente habrá que respetar algunas variantes ortográficas, pues si en la Argentina, por ejemplo, predomina la grafía **simpa**, y en el Perú **cimpa**, formas dispares de una misma palabra, será quizás necesario o conveniente indicar los dos artículos.

Otro punto a estudiar más detenidamente es el del exceso de acepciones y puede ser que **chirivisco** (charamusca), **chirle** (insípido), **chirlo** (golpe), **chirrión** (zurriago), **chivateo** (grita) y otros vocablos queden reducidos en sus significados.

Respecto a **chiyuncarse**, equivalente a **cholloncarse** (ponerse en cuchillas), hemos de tener presente la observación que nos hicieron los conocidos lexicógrafos Miguel Luis Amunátegui, Ramón A. Laval y José Toribio Medina: son palabras que no se usan en la conversación castellana de Chile. No todas las voces mapuches que registra el Dr. Lenz en su **Diccionario etimológico** han de titularse **chilenismos**, ni, por tanto, aparecer en el **Léxico general de la Lengua Española**. **Chirola** (cierta moneda) es articulado en Chile, según nos hicieran saber también dichos amigos chilenos.

Al comparar este amplio **Fragmento** con **Maraña del Diccionario**, del Dr. Mugica, vemos que aparecen suñsanadas en él todas las faltas y omisiones de que se queja el sabio maestro. Sólo quizás inadvertidamente ha dejado de incluir el Dr. Toro tres vocablos que están en nuestro **Diccionario de Americanismos**: **chiros**, de Colombia, por **chiras**, tiras, jiras o jirones; **chispola**, de Venezuela, cierto baile popular, y **chivatería**, del mismo país, equivalente a picardía, truhanería.

Por otra parte, encontramos americanismos en este **Fragmento**, que no aparecen en nuestro **Diccionario**, y de cuyo conocimiento nos aprovecharemos para hacer las debidas correcciones en futuros suplementos.

Antes de terminar vamos a permitirnos hacer una advertencia respecto a dos fuentes de información que ha usado el Dr. Toro: el **Diccionario de Mexicanismos** de Félix Ramos y Duarte y el **Diccionario argentino** de Tobías Garzón. Por las investigaciones personales que hemos hecho acerca del crédito dado a los diversos vocabularios de provincialismos americanos hemos podido comprobar que ambos libros, el de Ramos y el de Garzón, están bastante desacreditados en sus respectivos países. El mismo señor Toro escribe sobre el libro de Ramos: "Desgraciadamente, es un verdadero cajón de sastre, y, a pesar de su riqueza, es poco utilizable.... La atribución de origen dada a las voces es absolutamente empírica. Contiene demasiadas palabras dudosas para poder seguir con plena confianza". (**Americanismos**, p. 192-3).

"¿Sabe Ud. cómo hizo su libro Ramos y Duarte? Le contaré. El era maestro de escuela, como Ud. y como yo. Pues bien, en su salón de clases, en la ciudad de México, había muchachos de todas partes del país y cada quien le daba el terminacho que había oído en su terruño, no importa a quién ni en donde, y mientras más raro y absurdo, mejor.... Al fin de cuentas, sucedió lo que tenía que suceder: que de los 10,000 mejicanismos, 9,999 no los entiende nadie, que aquél que los usa allá en el rincón de su jacal". Así nos escribe desde México, el autor de **Glosa Lexicográfica**, nuestro amigo Francisco J. Santamaría.

"....un disparatado libro escrito por un cubano, don Félix Ramos y Duarte, que no supo por dónde andaba y tuvo la osadía de escribir un Diccionario de mexicanismos en el que por virtud de todos los dislates que en él asentó no cuelga infinidad de milagros.... He expuesto la muy grande ignorancia de este bendito cubano en materia de lexicografía mexicana.... No haga Ud. caso de semejante autor, si por imprescindible necesidad quiere Ud. consultarlo, hágalo con mucho cuidado y con todas las reservas posibles.... Algunas de estas voces, para mí desconocidas, las trae el bueno del señor Duarte en su almodrote, pero de este señor yo no creo ni el **bendito en cruz**, que decimos por mi tierra." Lo entrecomillado es de carta personal suscrita por Darío Rubio, autor de la **Anarquía del lenguaje** y miembro Correspondiente de la Academia de la Lengua Española.

La opinión que tiene formada Eusebio R. Castex, insigne publicista argentino, del **Diccionario** de Garzón es asimismo desfavorable en tozos conceptos.

El Dr. Toro, que es un hombre de acción, pensador de sorprendente inteligencia y excepcionales facultades, llevará a feliz término el **Diccionario general** que ha ideado, y a su éxito definitivo deben contribuir todos los capacitados en estas nobles disciplinas si queremos dar satisfacción cumplida a los llamamientos imperiosos de nuestra cultura.

AUGUSTO MALARET.

San Juan, Puerto Rico. 1933.

Diccionario de "Americanismos". — Segunda edición extensamente corregida por *Augusto Malaret*. — San Juan, Puerto Rico. Imprenta "Venezuela". 1931 (520 pág.)

Si el idioma español se escribe sin grandes diferencias en los países de América, esta uniformidad no implica la carencia de voces propias del Continente que con significación generalmente admitidas, se emplean en la conversación y que muchas veces figuran en artículos y libros. Palabras de origen indígena han perdido por lo general, sus rasgos etimológicos y circulan bien estructuradas, sin despertar mayores sospechas. En otras ocasiones proceden del mismo lenguaje peninsular transportado por los conquistadores y que se han estancado en algunos pueblos de América. Términos de auténtica formación castellana fingen haber surgido en el nuevo Continente porque en la Madre Patria de la lengua tienen ahora sabor extraño. Fenómeno curiosísimo este que se presta a menudas divagaciones filológicas.

Recorriendo el "Diccionario de Americanismos" del señor Augusto Malaret, se encuentra plena confirmación de lo que acabamos de apuntar. Obra valiosa por su espíritu y su método, reúne todas las palabras a las que se les puede reconocer filiación americana, ofrecen sus múltiples acepciones, ya que éstas varían según los diferentes países. Las mismas voces oriundas del quechua, por ejemplo, adquieren matiz distinto ya se trate del Perú o de la República Argentina. El ambiente las moldea y les imprime la significación originada por las necesidades locales. El señor Malaret para componer el volumen que nos ocupa ha tenido que vencer dificultades enormes y, por lo tanto, su labor sólo merece entusiastas aplausos como los que lleva recibidos de las principales autoridades en este linaje de estudios. La catalogación de americanismos en que se encuentra empeñado es de indecible valor para Hispano América, porque proporciona materiales a la ciencia y coloca al alcance del público un auxiliar precioso en sus frecuentes cuitas idiomáticas, ya que muchas personas vacilan en el empleo de las voces que enriquecen el idioma de Castilla en el suelo americano y que cuando cobran forma y arraigo adecuados no existe razón para proscribirlos con exagerados escrúpulos puristas.

El señor Malaret se propone perfeccionar su "Diccionario de Americanismos" que por cierto representa ya considerables esfuerzos, con la próxima publicación de un suplemento. En la labor de recopilar y rectificar peruanismos coopera con él, desde nuestra ciudad, Pedro Benvenuto Murrieta, espíritu joven que ha dado pruebas ya de su sincera vocación por estas investigaciones tan rudas. La siembra de Juan Arona y de Ricardo Palma necesitaba reverdecer con vigor a través de los años y parece que llega ese momento.

Trabajos serios como el de Augusto Malaret, son dignos de señalarse con calor a la consideración de los lectores, porque pertenecen a la categoría de los que prestan verdadera utilidad a quienes recurren a ellos.

José Miguel Vélez Picasso.

"de luengas tierras grandes mentiras", no tienen muchas veces escrúpulo en redondear cifras de los convertidos, de los afiliados, de los niños que asisten a sus escuelas, etc. etc. De ahí que no sean del todo seguros los datos que nos ofrecen.

Finalmente, por lo que toca al Perú hemos advertido alguna ligera equivocación en algunos nombres geográficos, especialmente de poblaciones andinas. Y terminamos, recomendando eficazmente a todos los Directores de Acción Católica, a todos los sacerdotes celosos del bien de las almas, a todos los periodistas católicos y a cuantos reconocen la gravedad del peligro protestante esta obra del docto profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.

R. V. U.

Nicolás Berdiaeff.—**Le Christianisme et la lutte de classes.**—Editions Demain. 1933. — París. — 168 págs.

Amplia resonancia en el mundo intelectual europeo tuvo la aparición de "Una Nueva Edad Media", de Nicolás Berdiaeff, considerado como el primer filósofo espiritualista de la Rusia contemporánea. Recientemente, Berdiaeff ha publicado "El Cristianismo y la lucha de clases", en la cual, se reafirma en sus opiniones anteriores: la decadencia inexorable del espíritu burgués, la indigencia espiritual del Socialismo y la floración de una Nueva Epoca, de una Nueva Edad Media, plenamente religiosa y ascendentemente espiritual.

Ricas observaciones y hermosas sugerencias produce la lectura de esta obra, dedicada a Carlos Marx, el maestro social de su juventud y en la actualidad su adversario ideológico.

La tesis central del libro que comentamos, es la siguiente: El mundo es un campo de fuerzas polarizadas y la Historia nos muestra incesantemente la lucha de numerosos grupos sociales: de razas, de sexos y en la época actual, de clases. Marx reduce esta multiplicidad de energías encontradas a la simple lucha de clases, absolutizando miopemente, todo el proceso histórico.

Desde luego, el Marxismo comporta grandes verdades. Una de ellas, es la aceptación franca de la actitud beligerante del Proletariado. La burguesía, por lo contrario, oculta su posición de lucha, encubriendo la defensa de sus intereses con la hipócrita y aparente defensa de la libertad, de la civilización y de lo que es peor, de la religión.

Mesiánica y profundamente religiosa es la teoría marxista sobre el triunfo del Proletariado, que se desenvolverá en una sociedad perfecta y sin Estado, y en la que imperará la razón social organizada. Es impostergable que el Proletariado por ser la clase más oprimida en el régimen capitalista, merezca nuestra atención preferencial y nuestra simpatía. Pero es ingenua la afirmación de que con su triunfo y advenimiento se obtendría la perfección absoluta: habrían siempre buenos y malos, probos y vampiros y seguramente, serían estos los que gobernarían. Al mito de la igualdad, libertad y fraternidad ha sucedido el del Proletariado-Mesías.

El Cristianismo exige una jerarquía de valores: primado de lo espiritual, luego atención a los intereses económicos y por último, participación de los factores políticos. La Revolución Francesa se preocupó más del ciudadano y de sus derechos políticos; cuando más real e importante es el productor y el consumidor y sus respectivos intereses.

El proletariado—sostiene Berdiaeff—tiene razón en luchar contra el espíritu y la organización burguesa; pero el burgués, en cuanto hombre, en cuanto hijo de Dios tiene derechos eternos e imprescriptibles. La tara fundamental de la mentalidad socialista es que está impregnada de resentimiento, de animosidad, de odio. Por ello, desdén a los mejores y encumbra al mediocre. Por último, y aunque parezca paradójico, la ideología marxista, está en el fondo, impulsada por las mismas preocupaciones burguesas: la fábrica, el poder, la fuerza, la prosperidad material, los intereses económicos y los motivos utilitarios.

Y así, la experiencia demuestra que a medida que los dirigentes proletarios van conquistando posiciones (Social Democracia alemana, Partido Comunista ruso, Partido Socialista Español) se evapora el místico pathos revolucionario y predominan pronto las aspiraciones prácticas y los apetitos burocráticos.

Analizado así el espíritu marxista, Berdiaeff insiste en la esplendidez de los valores espirituales y precisa la misión eficiente de la Iglesia. El Catolicismo no sólo defiende al obrero y al explotado por espíritu de caridad y de justicia social, sino sobre todo a nombre de su dignidad de hombre y por su alma, mutilada por el Capitalismo. Pero de otro lado, no puede aceptar el credo católico que se niegue la conciencia, la personalidad y el sentimiento religioso para transformarlos en simples intereses económicos y en aspiraciones materiales.

Hay por último, que superar el odio de clases. Ello no implica admitir la explotación de una clase por otra, sino consiste en su entraña, en crear un clima espiritual nuevo y en trabajar por la consecución de una justa realidad social.

Por todo ello, el problema de la lucha de clases, al lado de aspectos técnicos, económicos y jurídicos, es primordialmente un problema espiritual: el de forjar una nueva actitud cristiana frente al hombre y a la sociedad y el activar el renacimiento religioso de la Humanidad.

J. P. P. S.

Gregorio Marañón. — AMIEL. Un estudio sobre la timidez. — Editorial Nueva Epoca. Santiago de Chile.—1933.—182 páginas.

Pocas son las personas que no han tenido en la actualidad, ocasión de leer y comentar algún libro de Gregorio Marañón, una de las más claras figuras de la cultura científica contemporánea. Así el donjuanismo, aquel mítico y falso género de virilidad ha sido definitivamente eliminado por sus célebres ensayos sobre la morfología del Don Juan.

La rica, sobresaliente y numerosa bibliografía que sobre temas de evolución y psicología sexuales ha aportado Marañón, acaba de ser magníficamente acrecentada con este estudio sobre Federico Amiel, espléndida oportunidad que utiliza hábilmente para analizar el curiosísimo problema de la timidez sexual.

Ampliamente conocida es la persona de Amiel. Muchos hombres y casi la mayoría de las mujeres han recreado largamente su atención con la lectura del Diario sempiterno, minuciosa confesión de un hombre, ni egregio ni mediocre, que vivió obsesionado toda su vida por el hallazgo de una mujer, de matices femeninos, plenamente diferenciados.

Sobre la actuación social o sobre las proyecciones pedagógicas de Amiel no insiste mayormente Marañón. "Fué un hombre sin pro, no representativo. Era un simple pedagogo, en Suiza, país de pedagogos. Sus contemporáneos lo tuvieron por vulgar y aun hasta por cretino. Publicó versos y artículos alabados por los suyos e inadvertidos para el resto. Tuvo varios amores de un platonismo ridículo y al fin, murió como cualquiera, del modo menos teatral, tras una larga temporada de toses y ahogos, asistido por mujeres burguesas".

Y sin embargo, este hombre vulgar vivió interiormente una existencia apasionada, esmaltada por instantes de supremo interés, y a veces geniales. Esta tragedia íntima la transbordó a su Diario, en el que desde su juventud consignó los grandes y pequeños hechos que pueblan la vida humana.

Lo extraordinario y lo movido en Amiel, como en tantos otros hombres del monto, fué pues, este desequilibrio interno, producto de desarmonías sexuales. Fué nuestro profesor un tímido sexual, pero no por inferioridad morfológica sino por superdiferenciación. Su sexualidad plenamente viril, era de jerarquía superior, que precisamente por su propia esplendidez, originó ese desconcierto, ya "que el crecimiento gigantesco de esta actividad anímica produjo el desequilibrio de las restantes. Rodó por la vida como un pelele, vencido—cosa extraña—por su propia superioridad".

Para comprender con claridad este proceso de timidez, Marañón nos habla largo sobre la evolución de la sexualidad, aspecto que ha tratado con amplitud científica, en un libro anterior. El funcionamiento del instinto sexual no depende solamente de la propia capacidad, sino de la diferenciación del objeto elegido. Las fases de este proceso diferenciativo, son las siguientes:

1^o)—**Etapa del objeto inespecífico**, en el que el instinto busca turbiamente a otro individuo, cualquiera que sea su sexo, como ocurre en ciertos estados de la vida animal (hermafroditismo) y en cierto periodo de la sexualidad infantil.

2^o)—**Etapa del sexo in genere, cínica o de la poligamia absoluta**, en el que el objeto de la atracción es el sexo opuesto, en bruto; la hembra para el macho y éste para aquella; periodo normal en casi todos los animales y en la de muchos hombres indiferenciados (entre otros, el Don Juan). Se elige a una compañera por mero accidente y tan sólo para cumplir los fines reproductores.

3^o)—**Etapa del grupo o del tipo o de la poligamia condicionada**, en la que la atracción sexual recae en un grupo de individuos del sexo contrario, dotados de determinados caracteres y cualidades morfológicas y psíquicas, idénticas en ambos. Este periodo es el más corriente y usual, en la mayoría de hombres y mujeres.

4º)—**Etapa individual o genuinamente monogámica**, en la que la atracción sexual se localiza en un solo y único ser del sexo contrario, dotado de cualidades específicas y plenamente diferenciadas. Esta fase de absoluta diferenciación la alcanzan escasos hombres de aguda virilidad.

De estos últimos fué Amiel. La lectura del Diario nos evidencian que su vida estuvo dedicada a “la perenne y obscura búsqueda—entre la serie inacabable de mujeres que conoció—de una tan diferenciada como lo exigía su instinto superviril. Fué un viaje doloroso e inacabable en torno de su sexo”. Surge en él, como en otros muchos, el complejo de la timidez, originado por la misma calidad excelsa de su instinto. Crean e imaginan estos tímidos, una mujer mítica con rasgos acentuadamente femeninos y a menudo, matizada por el recuerdo lejano de la madre idealizada. Y como hallar y localizar a esta mujer cuasi perfecta es imposible, se consumen en la adoración teórica de la mujer o corren sin cesar, de mujer en mujer, sin atreverse a abordarlas y menos a intimar, por el miedo, insuperable al desengaño.

Todo por otra parte, coadyuvó a cultivar esta timidez de Amiel: su niñez enfermiza; su temprano conocimiento y visión del amor físico, que tanto de brutal agresión tiene para la mujer y que hierde en forma inoportuna la jubilosa pureza infantil; el ambiente puritano de Ginebra, su ciudad natal; el recuerdo de su madre, identificada con todo lo noble y excelso que encierra la mujer.

Esta específica timidez, es comprobada por Marañoñ abundantemente al recorrer la existencia posterior del profesor. Sus cariños apasionados, sus tiernas amistades femeninas, su profunda atracción ante numerosas mujeres—pese a su aspecto casino—lo testifican. Sus contemporáneos no acertaban a explicarse esa simpatía y afecto que despertaba en múltiples mujeres. Y es que estas, agudamente femeninas, se sentían ligadas a él “no por una hora de pasión fugaz, como en las conquistas del don Juan, sino por raíces del instinto, muchas veces, más fuertes que la muerte. A ello, se debió también, que siempre estuvo rodeado por calor de madre y por pródigo afecto de mujer, aun en la hora pesadosa de su muerte, mientras que Casanova, aquel célebre tenorio, muere abandonado y olvidado por todas sus amantes, en una hora de trágica soledad femenina.”

Hay otros rasgos de clara supervirilidad en Amiel: su constante obsesión por la compañía femenina; la efímera importancia que atribuye a su única aventura amorosa, realizada tan solo a los 40 años y la intrascendencia que otorga a este encuentro fisiológico; su continua preocupación por el tiempo y por el paisaje; su frecuente oficio de laico confesor femenino; su ternura ante los niños.

Quiero ahora, relievár este hecho, al que Marañoñ concede especial significación: la ternura frente al niño es una *virtuosa* sobresaliente de las mujeres muy femeninas y también de los hombres muy viriles. “Por ello, afirma el sabio español, es frecuente el hecho de que numerosos hombres no se sientan atraídos hacia la niñez hasta muy tarde, hasta que su virilidad está en pleno apogeo, en veces hasta que son abuelos. Los tipos cargados excesivamente por taras intersexuales—como los hombres afeminados o las mujeres varoniles—se conducen casi siempre con indiferencia frente al espectáculo maravilloso de la infancia”. Es injusto y arbitrario pues, calificar de añiaño o femenino al hombre que desde temprano simpatiza cálidamente con los niños,

que goza y se deleita con ellos; fecunda antipación de mejores sentimientos paternales y por ello viriles, que si en algunos vibra con mayor premura e intensidad, actúa siempre en cada uno de nosotros.

Por todo ello, conviene en esta hora incierta, la lectura del libro que comentamos. A cada generación, a cada muchacho y a cada mujer, se les presenta en hora idéntica, el eterno problema sexual, terreno peligroso, enfervorizado, sembrado de dudas y de desviaciones. El consejo austero, cordial; henchido de ciencia y de vida de Marañón reconforta y guía lealmente. Aunque Marañón no es católico, muchas de sus afirmaciones, entre otras, la de las ventajas y necesidad de la continencia juvenil, coinciden con la enseñanza sagaz de la Iglesia.

Por último, este ensayo es indispensable para la íntegra comprensión del Diario releído. Vemos por él, que las más egregias cualidades de esas confesiones no radican ni en su romanticismo, ni en su literatura, ni en su estilo, ni en sus pensamientos, ni en su nobleza, sino que fundamentalmente valen porque son la historia atormentada de un supervarán, que quiso tal vez para consuelo de otros tantos, asediados por análogas desarmonías, legarnos este propio comentario, fabricado con pedazos de su alma y en el que hay tanto de tragedia sobrehumana.

J. P. P. S.

Marqués del Saltillo, Catedrático de la Universidad de Oviedo, Correspondiente de la Academia de la Historia.—“**Los Herrera de la Concha del Convento de la Canal**”. Santander, 1933.

El Marqués del Saltillo ventajosamente conocido por sus estudios genealógicos, entre los que merece recordarse el titulado “El Inca Garcí Lasso y los Garcí Lasso de la Historia” (“Boletín Bibliográfico” publicado por la Biblioteca de la U. N. de San Marcos, Lima, 1929. V. IV. pág. 62.) dedica este folleto que tenemos a la vista a esclarecer la vida de Don Domingo Herrera de la Concha, patrono y fundador del Convento franciscano de la Canal del Concejo de Vega en el valle de Carriedo y que tuvo la preponderante posición de Proveedor General perpétuo de las Reales Armadas y gente de guerra de las Cuatro villas de la costa de la Mar, Juez Superintendente de las Fábricas Reales de ellas y del Principado de Asturias y Castellano y Alcaide perpétuo del Castillo y Casas Reales de Santander y que así mismo fué fundador de su casa y mayorazgo, según se lee en el epitafio que se labró bajo su estatua que

junto con la de su esposa, Doña Manuela Gómez del Rivero, se conserva en la Iglesia del ya mencionado Convento.

El sujeto, cuya biografía presenta el Marqués del Saltillo, logró opulencia, gracias a sus iniciativas y empresas, "pues sus comienzos fueron harto modestos". Procedente de una familia hidalga, desempeñó el cargo de criado de escalera arriba o de estrados en la excelsa casa del Conde Duque y en este oficio principió a trabar conocimiento con individuos de influencia, que ayudáronle al logro de sus ambiciones. Así nos refiere el autor que "los negocios en las Indias y el desempeño y el apoderamiento de muchos de sus paisanos allí residentes y de personas que le confiaban la gestión de sus asuntos, convirtieron su casa en una verdadera banca en que tuvo por auxiliares a don Lorenzo Camús y a José Antonio Martínez". Consigna el Marqués del Saltillo el cuadro de los Comitentes de Domingo Herrera de la Concha, entre los que figuran bastantes peruanos o españoles avecindados en el Perú. Mediante datos que hemos obtenido, podemos asegurar que estos Herrera de la Concha, tronco de los Duques de Nobleja, no son los Santiago Concha, originarios de Heras, de la misma comarca santanderina y establecidos luego en el Perú, que reconocen como antecesor al acreedor del mismo Domingo Herrera (pág. 11), Don Pedro Santiago Concha, Proveedor General de la Mar del Sur y del Puerto del Callao, marido de Doña Mayor Méndez de Salvatierra y Cabello y padre de Don José Santiago Concha, Gobernador de Huancavelica, presidente del Reino de Chile y primer Marqués de Casa Concha. Acerca de éste, copió Luis Alberto Sánchez ("La Literatura Peruana", Tomo II, Lima, 1929, pág. 224) unos mordaces y groseros versos en que la malignidad limeña enrostraba al Marqués haber tenido abuelos mercaderes. La natural y sencilla explicación de este rumor es que el abuelo materno de Don José, el General Don Benito Méndez de Salvatierra, Regidor del Estado Noble en la villa de su apellido y nacimiento, fué en el Perú, Corregidor de Tinta en 1629; y en tal cargo vendía a sus gobernados, como todos los corregidores de Indias, sin excepción alguna, artículos de vestir y mantenimientos por el famoso repartimiento mercantil. Las pruebas de los Santiago Concha constan en los archivos de la orden de Calatrava. Tenían estos tres veces el apellido de Santiago y procedían de Francia. Pasaron a España como peregrinos a Compostela y se establecieron en la comarca de Santander, a principios del siglo XV o un poco antes. Consta que su antepasado auténtico, Juan Gutiérrez de Santiago, ganó Tángar con el Infante Don Enrique de Portugal y éste lo armó Caballero en la misma plaza.

El banquero Domingo Herrera de la Concha, cuyos apellidos por lo demás, son muy frecuentes en las montañas de Burgos contó en su clientela, según se vé por lo consignado en el folleto que nos ocupa, a muchos peruanos o sobrina del primer Marqués de Valparaíso y según la primera o segunda de las suposiciones de parentesco, debió de apellidarse en la totalidad estricta de sus nombres gentilicios Irrarázabal Andía y Zárate Tecalde o Salas Valdes Zárate Maldonado y Cornejo. El Caballero de Santiago, Don Juan Antonio de Céspedes y Toledo que figura así mismo en el citado cuadro, era el sevillano prior del Consulado en 1636 y suegro de Bartolomé de Agüero y Fernández de Córdoba, éste cuarto nieto del conquistador Diego de Agüero, uno de los fundadores de Lima. El General Don Martín de la Riva, vecino del Cuzco, mencionado en al misma pág. 11, es el Corregidor del Cuzco y antes de

Cajamarca, fundador de Lamas, Cumbasa y Santiago de las Montañas, hijo del Almirante Don Bartolomé de la Riva. El cura Diego de Ontón Olarte, residente en el Perú (pág. 10) es el pariente del cronista Mugaburu. El don Antonio de la Riva Agüero es el Caballero de Santiago y corregidor de Huamanga en 1709, hijo natural del General don Fernando de la Riva Agüero, citado en la pág. 16, el corregidor de Piura y gobernador de Puerto Rico y Panamá. El Don Juan de la Riva Agüero, de Cajano, que aparece en la pág. 11 no es don Juan de la Riva Agüero y Vélez de Lucín, sino su primo don Juan Jerónimo, gobernador de Santa Cruz de la Sierra, que tuvo una hija Doña Josefa, casada en Piura el año de 1729 con el capitán Don Francisco de Hoces, viudo de una Irrarázabal. Otro hijo de don Fernando, llamado don Juan de la Riva Agüero y La Cotera fué igualmente gobernador militar en Indias.

No pocos datos interesantes para el estudio de nuestra sociedad colonial contiene este reciente opúsculo del Marqués del Saltillo, afanoso y concienzudo investigador.

José M. Vélez Picasso.

OBRAS DE AUTORES NACIONALES

Diccionario Histórico-Biográfico del Perú. — Formado y redactado por *Manuel de Mendiburu*.—Segunda edición con adiciones y notas bibliográficas, publicada por Evaristo San Cristóbal. Tomo V. Imp. Gil. 1933. 4°. 496 p. n.

Recientemente se ha entregado a la circulación el quinto tomo de la obra monumental del General Mendiburu. Comprende el volumen que reseñamos 121 artículos, comprendidos entre las letras FAB a GAU.

Sin dejar de ser muy digna de aplauso la reimpresión emprendida por el Sr. San Cristóbal, opondremos a ella algunos reparos de carácter general, entre los que se destaca la discordancia que se advierte en la numeración de las páginas de la presente reedición con la de la primitiva. En efecto, es muy enojoso para los que se dedican a esta clase de estudios, encontrar un párrafo mencionado en otra obra, en la segunda edición, pues con las anotaciones bibliográficas del Sr. San Cristóbal, ha

aumentado la extensión de los diferentes artículos, a tal extremo que para las cuatro primeras letras (A—CH) que en la primera edición tienen cabida en los dos primeros tomos, en la actual, dichas letras comprenden los tres primeros tomos y parte del cuarto. Por eso, habríamos preferido que las notas se hubieran puesto a guisa de apéndice a cada tomo, o en su defecto, se hubieran alojado en un tomo aparte, con el fin de conservar la numeración de las páginas de la primera edición.

Al revisar el tomo quinto, se pueden advertir en él algunas omisiones bibliográficas de relativa importancia, no citándose obras que muchas veces sintetizan nutridas páginas de erudita bibliografía. Tal hecho sucede en el artículo referente a D. Agustín Gamarra, al que se adiciona una lista de periódicos y cartas, copiándose las sumillas de éstas en la Historia del Perú de Paz Soldán, y notándose que entre aquellos, faltan muchos de los que el autor de la "Biblioteca Peruana" (Lima, 1879), expuso en su catálogo; no citándose en cambio una obra que resume admirablemente las ocho páginas de anotaciones que trae éste artículo, agregando algunos datos desconocidos, principalmente de la actuación descollante del presidente Gamarra en la política peruana hasta la caída de la Confederación Perú-Boliviana: es la "Iniciación de la República" por Jorge Basadre.

En el artículo sobre el piloto Juan Fernández, no se trae ninguna referencia bibliográfica, omitiéndose citar el estudio histórico de José Toribio Medina "El piloto Juan Fernández descubridor de las islas que llevan su nombre, y Juan Jufre, armador de la expedición que hizo en busca de otras en el Mar del Sur" (Santiago, Imprenta Elzeviriana. 1918. 261 págs.)

En el artículo Isabel de Figueroa, en el que Mendiburu escribe—muy a la ligera, tratándose en él de materia literaria—sobre Amarilis, en las adiciones no se trae una obra que coloca a la admirable poetisa huanuqueña, dentro del ambiente cultural y literario del Perú en aquél tiempo: la historia de la Literatura Peruana de L. A. Sánchez. (Tomo II).

En el artículo Filibusteros, no se cita la "Crítica al Diccionario", de J. T. Polo, en la cual hay una explicación corta del nombre de aquellos piratas que por cierto es más aceptable que la que trae Mendiburu, bastante ingénuo para incluirla en una obra de ese carácter.

Acompañan a este tomo, 21 documentos que aparecieron ya en la edición de 1878. Todos ellos son de bastante interés histórico, aunque algunos, ya criticados por Polo, como el signado con el número 8, que es una brevísima reseña del imperio incaico, basada principalmente en Garcilaso, a pesar de haberle vituperado tanto Mendiburu en el artículo Atahualpa, y el número 13, que enumera la serie de los incas, apoyándose igualmente en Garcilaso, sin mencionar siquiera los nombres son los que son conocidos en otras relaciones que tratan del imperio incaico, son de dudoso valor histórico.

Estas anotaciones, sólo tienen por finalidad hacer resaltar algunos ligeros errores, que en obras de esta categoría, nunca dejan de presentarse, si bien, son felizmente opacados por las extensas y copiosas notas bibliográficas, que acompañan a la mayoría de los artículos.

Apartando estas ligeras consideraciones, es muy de recomendar la lectura de este volumen de la obra del erudito historiógrafo colonial, pues en él se contienen notables datos biográficos de los reyes hispanos Felipes y Fernandos, de los virreyes como el devoto Conde de Lemos y el marqués de Guadalcázar, del gobernador Vaca de Castro y de algunos otros, cuya importancia es inútil recalcar.

Guillermo Lohmann Villena.
